

Adolescencia, el malestar y las reglas

Dr. Ernesto Eduardo Domenech*

La infancia es, según el diccionario, el lugar del hombre privado de palabra. Radical diferencia con el loco, también definido por la palabra, pero no por el defecto, la carencia, sino el exceso, la locuacidad. Y la adolescencia es un incómodo territorio de fronteras, que se ha expandido últimamente en perjuicio de la niñez y la adultez.

Ámbito curioso en el que suele instalarse o reclutarse el "a-dicto", aquel que pierde o extravía la palabra.

Y es en las fronteras, en los límites, en las confusiones, desde donde pueden registrarse obviedades a veces imperceptibles para quienes moran fuera de ellas, nos los adultos, entre otros.

Es ciertamente incómodo comenzar por la definición de la palabra niño, que en la Convención de sus Derechos –hoy con jerarquía constitucional– comprende para estas reglas todo ser humano menor de 18 años, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad. Este niño de la Convención deja fuera a otros menores de nuestro Código Civil: los que cuentan entre 18 y 21 años, y sin duda aquellos que abarcaban antiguas definiciones de adolescencia, capaz de crecer hasta los 25 años en el diccionario como hoy, que se ha estirado hasta esa etapa.

¿Cuáles son entonces los derechos de los adolescentes excluidos de esta definición? Nuestra reglas guardan significativo silencio. Debemos estirarlas analógicamente para enfrentarlo.

Otra incomodidad es mirar las inconsistencias de la regulación legal de la adolescencia, esas que desentonan con los sistemas perfectos que mistificamos los abogados. Un joven de 18 años podía legalmente morir en el frente de batalla o de un pelotón de fusilamiento, pero se le vedaba capacidad para disponer por completo de sus bienes. Hoy, muertos

mediante, el servicio militar obligatorio fue derogado, pero la inconsistencia sobreviene. Un adolescente puede conducir un vehículo a sus 17 años –y morir antes o después de esa edad como peatón, motociclista o conductor de modo cotidiano a media cuadra o casi siempre en las esquinas– y, a partir de los 18, enfrentar la reclusión perpetua, pero sigue recortado en las posibilidades de disponer de sus bienes.

Claro que suprimir ese recorte, emanciparlo, poco podría garantizarle, pues para ello debe ser poseedor, tener un patrimonio, esa condición inexorable de las personas, según el Código Civil o al menos los civilistas; o como decía un profesor mío tan inteligente y original como reaccionario, "tener sustancia con qué obligarse". Un adolescente hoy sólo podría tener un patrimonio deudor. Con pocas posibilidades laborales, con cambios profundos en la demanda laboral y serias falencias en su formación profesional, las dificultades de acceso al trabajo y la remuneración digna prolongan su dependencia familiar, extienden su adolescencia, impiden su patrimonio. Y el matrimonio que los independizaba emancipándolos es una institución en crisis.

Estas inconsistencias, este malestar que de ellas se deriva, no son ajenas a otras de la cultura adulta que, hoy por hoy, deja de hablar de subcultura adolescente y prefiere hablarla como un par, sin "sub" alguno, justo cuando se advierte también el mercado consumidor adolescente y se lo cuantifica en millares. En esta cultura anidan otros malestares: silencios, apropiaciones mercantilizadas, incoherencias. Valores y disvalores venden, se consumen y agotan. A la corrupción difundida –y generalizada discursivamente– se le responde con exigencias éticas. Inmediatamente después, la ética se convierte en slogan. Ética al servicio

* Juez del Tribunal en lo Criminal 3 del Dto. Judicial La Plata. Instituto de Derechos del Niño y Cátedra Derecho Penal I, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP.

de la salud, Ética en la atención médica, Ética Propiedades, Ética AFJP, no son sino carteles para comprar cosas o servicios.

El sitio de la a-dicción y el culto al cuerpo, que provoca nuevas patologías como la bulimia o la anorexia en los jóvenes, se acompaña de la deificación de las formas adolescentes. Son cuerpos esbeltos y desarrugados los que sonrían eternamente en carteles que se desvastan con el tiempo y con las calles ofreciendo cualquier mercancía, o se mueven y desplazan con fin idéntico en las pantallas de la TV, que se consumen a golpe de "zapping". Cuerpos que se destrozan en accidentes, se decoran con tatuajes, se alimentan con productos tan naturales como "light" y sin colesterol o se concluyen con suicidios, otra terrible constante adolescente.

Superar el silencio en el reconocimiento de la palabra legal del joven importa sumirse a veces en sus propios silencios. Habitantes de un mundo visual, nuestros jóvenes tv-adictos responden con golpes de mano y mirada desde niños a sus videojuegos o televisores, control remoto mediante. La palabra para ellos, según creo, vuela bajo con lecturas cortas y apuradas, poca expresión oral y menos aún escrita. Depende de la imagen para hablar. Como bien lo dijo mi sobrino cuando le preguntamos por su viaje a Bariloche: "¿no tenés nada que decir?" le insistimos, "y si no tengo fotografías", contestó. En él era la imagen la que provocaba la palabra. Sin ella la memoria era inexpressable, o al menos difícil. Cuando se expresa necesita buscar sitios tan cotidianos como prohibidos –paredes, puertas de baños públicos, contracara de pupitres que se pueblan más de dibujos que de palabras– o grupos de pares, "barritas" que en grupo se temen y prohíben.

Curiosamente, el silencio –algo adulto– cobija y encubre las a-dicciones adolescentes o sus otros silencios. Numerosas transgresiones –muchas veces triviales, inocuas, tentadas– se acompañan de a-dicciones difíciles de percibir por los pactos de silencio. Pactos familiares, tácitos, secretos, emergentes, muchas veces por casualidad. La cultura en ocasiones parecería apropiarse de las transgresiones, legitimarlas mercantilizándolas. La fuga, la fuga del hogar, tantas veces caratulada en los legajos judiciales

infantiles y dueña de fotografías que se publican en los periódicos se ha legitimado en viaje ritual por tiempo fijo y ocasión memorable. El fin de la primaria, hoy otra cosa, y el de la secundaria antes, transgreden los calendarios escolares sin temores impertinentes. En esos viajes comenzó el quebranto del día y de la noche –y de los paisajes magníficos que se escondieron en el aburrimiento del día y la somnolencia– quebranto que de vuelta proporcionó sitios y lugares propios que se han vuelto interdictos.

Otra apropiación está estrechamente relacionada con la discriminación del adolescente, esa búsqueda de la identidad a veces frenética, y en ocasiones transgresora. Búsqueda de espacios y tiempos propios, sitios residuales, ocultos, enfrentados a los adultos o simplemente ocupados a destiempo. Ropas hechas jirones o guardapolvos pintados que acusan desgarros, rupturas, distancias. Despedidas con papeles que en el mundo adulto señalan el año pasado con hojas de almanaque y en el adolescente el año lectivo con los deberes prolijamente cortados en pedacitos. Esta discriminación se comercializa en marcas, emblemas y distintivos. Marcas globales que uniforman países y distinguen accesos, grupos de pertenencia, prestigios. O marcas pequeñas, a medida de una división que egresa. La comercialización de la marca, de la distinción, se apropia de esta necesidad de discriminación de un modo similar al que las búsquedas de espacios y tiempos son apropiados por los bailes y sus tarjetas, comercializadas también por adolescentes tarjeteros que diseñan sus propias estrategias de marketing, incluyendo al público "VIP".

Nuestra cultura, que promueve sus productos con el sexo, el eros consumidor, se alarma frente a la iniciación sexual temprana o la maternidad de la adolescente o niña. Teme tanto al SIDA como a la imagen de un profiláctico, a la difusión de la epidemia como a la educación sexual. Gusta de la satisfacción del deseo veloz y mutante, pero oculta sus excrecencias.

La misma cerveza que vendía no hace muchos años –¿o sí?– tarareando "sube, sube, sube la espumita, Quilmes Imperial la chica más rica, más rica" hoy vende con los límites, el desastre de la inundación alcohólica o la vida como un partido de fútbol que

hay que saber ganar con la cancha vacía. Y el Estado—no en vano vivimos de reediciones—prohíbe la venta del alcohol en tiempos y lugares prefijados. A la inundación alcohólica se le impone una ley seca.

La desocupación y la transformación creciente de los mercados laborales que se enuncian en estadísticas y conferencias, y en el *graffiti* que alguna vez leí “No hay futuro” se acompañan del espanto ante el crecimiento de la violencia y la disminución de su edad reiteradamente mediatizados.

Entre la veneración adulta y el temor adulto queda constreñida la adolescencia que crece. No crece una ni unívoca, sino plural y escindida. A algunas marginales y pobres se les teme más que a otras, se las separa hasta en los boliches por códigos de piel y de consumo.

Sin embargo, la violencia atraviesa en más de una ocasión estas fronteras y temores para perplejidad de todo tipo de discriminadores, incluso aquellos que cuasi mecánicamente la asocian con la pobreza y la miseria y la desocupación crecientes. A la violencia se le responde con demandas de seguridad, de mayor seguridad, en momentos en que los adultos desconocen con certeza los límites, que se han vuelto difusos, inciertos, discutibles.

Es que la cultura global mediática e informática se muestra producto de una aldea violenta y anómica, poco capaz de reconocer a otros u otras, pares o impares. Desde el gran espectáculo masivo y poco discriminado a la contemplación individual de las pantallas (de TV, juegos electrónicos o computadoras), pasando por la transparencia panóptica, el otro desaparece por fusión masiva o por absoluta individualización y desaparece justo cuando más se exhibe y se instalan los inalámbricos, los celulares, las teleconferencias y los contestadores automáticos; comunicarse es gran negocio, aunque sea por sólo escuchar algún rico y famoso, una voz tan erótica como telefónica o simplemente aparecer en alguna pantalla, paradigmática forma de la existencia.

Es que la prisa no reconoce fronteras y la linealidad inexorable del tiempo se encubre con simultaneidades. Hoy se habla por teléfono mientras se camina, trabaja o plancha. Se toma un café con el televisor prendido y una voz en “off” ajena de alguna FM tam-

bién charla con el sorbo. A la intimidad que los celulares burlan (y los cortos publicitarios registran), se le añade la sobrecarga informática. Con el control remoto, los programas van en simultáneo y a la abrumadora tanda publicitaria le ha sucedido el registro paralelo que olvida historias y argumentos. La multiplicidad de lenguajes, como paradoja babélica, confunde nuestra habla común. Y la incomunicación generalizada y global crece tanto como sus especialistas (diseñadores en comunicación visual, o licenciados en ciencias de la comunicación).

La sonrisa de afiches y carteles es una máscara trágica, un rictus rígido detrás del cual otros afiches—Benetton dixit—también venden la tragedia.

La cultura contemporánea nos enfrenta a otros procesos de indiscriminación e individuación que conspiran contra el discernimiento del otro.

Los carritos de supermercado o una hamburguesa producen tanta molestia como a Kundera una bolsa de basura. Indiscriminan y uniforman, maquillan, endulzan y apuran para el consumo. El tiempo no puede perderse, ni siquiera el tiempo libre que muta del ocio al negocio. Discernir es algo imposible, tanto en la compra como en la excreción y lleva tiempo y tiempo ajeno que se expresa en colas intolerables y se supera con la bolsa no biodegradable que apura la adquisición o la basura. La discriminación queda, si queda, para el ámbito privado y las alacenas.

También el servicio a otro se ha alienado. La veloz eficiencia impone el autosericio desde el supermercado hasta la compra de combustible. La pregunta “¿Qué desea?”, “¿Qué va a llevar?” Sólo se responde para sí. Nadie atiende. Sólo la oferta llama la atención.

En este universo se extravía el otro y no sólo el otro abstracto, sino el otro concreto tan uno como el que mata en el homicidio.

Hablar del adolescente, entonces, no es sino hablar de nuestros adultos malestares. De nuestra cultura en riesgo, de nuestra sociedad victimaria, según Jean Baudrillard, o de nuestras cotidianas perspectivas de guerra civil como lo ha reconocido Hans Magnus Enzenberger. Sus palabras, agudas profecías, escapan a todas sus poéticas metafóras, helas aquí:

“El comienzo es incruento, los indicios son inofensivos. La guerra civil molecular se inicia de forma imperceptible, sin que medie una movilización general. Poco a poco, en la calle se van acumulando las basuras. En el parque aumenta el número de jeringuillas y de botellas de cerveza destrozadas. Por doquier las paredes se van cubriendo de un *graffiti* monótono cuyo único mensaje es el autismo: evocan un Yo que ya no existe. Los colegios aparecen con el mobiliario destrozado, los patios apestan a mierda y orina. Nos hallamos ante unas declaraciones de guerra; aunque pequeñas, mudas, el urbanista experimentado sabe interpretarlas.

“Pronto la nostalgia del gueto se desahoga por medio de señales más claras. Neumáticos pinchados, teléfonos públicos inutilizados, coches incendiados. Estos ac-

tos espontáneos exteriorizan la rabia por todo cuanto todavía está entero, el odio contra todo aquello que aún funciona; un odio que forma una amalgama indisoluble con el odio hacia uno mismo. Los jóvenes son la avanzadilla de la guerra civil. Ello no sólo se debe a la normal acumulación de energía física y emoción entre los adolescentes, sino también a la incomprensible herencia que les sobreviene, a los problemas insolubles de una riqueza desconsoladora. Ahora bien, todo cuanto hacen ya se da de forma latente en sus padres: una furia destructora que sólo puede canalizarse parcialmente a través de formas socialmente aceptadas, como son obsecación por el automóvil, obsesión por el trabajo, voracidad, alcoholismo, codicia, celos, deseos de pleitear, racismo y violencia familiar”. ■

*Algo está cambiando. Parece estar avergonzado todo el tiempo.
No sabe dónde poner la vista, qué hace con las manos, cómo sostener
el cuerpo, qué semblante poner. Todo el mundo lo mira, juzgándolo,
encontrándole defectos. Se siente como un cangrejo despojado
de su caparazón, rosado, herido y obsceno.*

J. M. COETZEE, *INFANCIA*.
PREMIO NOBEL DE LITERATURA, 2003